

pre un genio tutelar que velaba por los defensores de la fe y acudía á fortalecerlos y salvarlos. Este genio era la reina Isabel, que penetrada de la apurada y crítica situación de su esposo y de sus guerreros, habido consejo con el gran cardenal y otros prelados y caballeros de la corte, empeñado el resto de sus alhajas y tomadas en empréstito algunas cantidades á mercaderes de Barcelona y de Valencia, juntó algunos recursos, y resuelta á restablecer con su presencia el aliento y la confianza en los pechos castellanos, montó en su palafren, y acompañada de la infanta su hija, del cardenal de España, de su amiga la marquesa de Moya, y de las damas y caballeros que formaban su séquito, partió de Jaen, marchó por Úbeda y Quesada, y cruzando varonilmente colinas y montañas, «llegó al campamento, dice un ilustrado escritor testigo de vista, circundada de un coro de ninfas, que parecía venir á celebrar las bodas de su hija; su presencia nos llenó de júbilo, y reanimó nuestros espíritus, que desfallecían bajo el peso de tan continuados peligros, vigiliias y fatigas (1).» Adelantóse el rey con el marqués de Cádiz, el almirante y otros grandes señores á recibir á la reina, y la alegría del entusiasmo brilló en los semblantes de todos. Aquel mismo día (7 de noviembre) escribió Fernando una carta á Cid Hiaya exponiéndole los daños que á unos y á otros se seguían de tan largo asedio, y exhortándole á que hiciese cesar aquella guerra viniendo á un honesto partido.

Al tercer día de su llegada presentóse la reina Isabel á caballo con aire majestuoso y gentil delante del ejército formado en batalla para ser revistado, y recorrió las filas de aquellos combatientes acompañada del rey, del cardenal Mendoza y de una lucida escolta de caballeros andaluces y castellanos. Era un magnífico espectáculo ver á la reina de Castilla en las colinas que dominan la ciudad y la hoya de Baza, recibiendo las saluciones y vivas de sus guerreros, en medio de mil banderas desplegadas al aire, resonando por aquellos cerros marciales músicas, confundidos sus ecos con los de los entusiasmados gritos de la nobleza y de los soldados españoles. Los moros y moras de Baza contemplaban admirados y pesarosos aquel sublime cuadro desde las torres, mezquitas y azoteas de la ciudad. Quiso la reina visitar las estancias y fortificaciones del sitio por la parte del norte, y como allí podían ser ofendidos por los de dentro, el marqués de Cádiz, que conocía el carácter galante y caballeresco de Cid Hiaya, le pidió por merced que durante aquel acto suspendiese las hostilidades en obsequio y consideración á tan alta señora. El príncipe moro lo ofreció así, y aun llevó mas adelante su galantería. Cuando Isabel se hallaba examinando las trincheras, presentóse á su vista el ejército alárabe marchando en columnas con los estandartes enarbolados, tocando sus músicas himnos guerreros. A su cabeza se distinguía el príncipe vestido de gran gala, luciendo sus resplandecientes armas, y haciendo caracolear su soberbio corcel. Al llegar frente á la reina de Castilla, mandó á su infantería hacer aquellas extrañas evoluciones en que eran afamados sus soldados, formando un simulacro de combate. Seguidamente maniobró la caballería jugando las lanzas con maravillosa destreza, figurando un torneo; despues de lo cual se retiraron saludando muy cortésmente, y dejando asombrados á todos, así á la reina y sus damas, como al rey y á los caballeros, cuanto mas al simple soldado (2).

Fué cosa portentosa que desde la llegada de la reina Isabel al campamento cesó de tal modo la pelea que ya ni se derramó mas sangre, ni se vertió una sola lágrima: «de tal manera, dice el cronista que pudo verlo, que los tiros de espingardas é ballestas é de todo género de artillería, que sola una hora no se cesaba de se tirar de la una parte á la otra, dende en adelante ni se vido, ni se oyó, ni se tomaron armas para salir á las peleas que todos los días antepasados fasta aquel día se acostumbraban tomar (3).» Cid Hiaya manifestó deseos de entenderse con los cristianos para acordar los términos de una capitulación honrosa, y en su virtud fueron nombrados para conferenciar, por parte de los reyes de Castilla el comendador

(1) Pedro Mártir, Opus Epistolarum, lib. III.

(2) Id. ibid.—Palencia, *De bello granat*, lib. IX.

(3) Pulgar, Crón., p. III, cap. 121.

de Leon don Gutierre de Cárdenas, por la del príncipe moro su segundo el viejo Mohammed, llamado el Veterano. El comendador ofreció á nombre de Fernando é Isabel, en caso de rendirse la ciudad, seguridad de vidas y haciendas á sus defensores y vecinos; libertad de poder vivir como mudejares, esto es, como súbditos de Castilla, conservando su religion, sus leyes y costumbres, grandes mercedes al príncipe y á sus jefes y oficiales, y que los mercenarios extranjeros podrian salir de la plaza con los honores de guerra. Oidas estas proposiciones por Mohammed, comunicadas á Cid Hiaya, consultadas por este con los caudillos y alfaquíes y aprobadas por estos, obtenido además el consentimiento del Zagal que se hallaba en Guadix, triste y aquejado de unas malignas cuartanas (4), se pactó la entrega de la ciudad bajo las bases propuestas en el término de seis días. Trasecurridos estos, en una mañana áspera y cruda de vientos y nieves hicieron Fernando é Isabel su entrada en Baza (4 de diciembre) con las acostumbradas ceremonias, se plantó la cruz en la cúpula de la gran mezquita, que purificó y bendijo el cardenal de España, se dió libertad á quinientos diez infelices cristianos de ambos sexos que gemían en las mazmorras, y se encomendó el gobierno de la ciudad y alcazaba á don Enrique Enriquez, mayordomo mayor del rey, y á don Enrique de Guzman, hijo del conde de Alba de Liste.

Mas afortunado el ilustre príncipe Cid Hiaya, que el brioso y terrible defensor de Málaga Hamet el Zegri, ofrecióle la reina Isabel riquezas, honores y dignidades en Castilla. Las almas nobles y generosas llegan á entenderse fácilmente, y el príncipe moro habia dado pruebas de serlo. Isabel le distinguió y halagó, y tan mágico influjo ejerció en su ánimo, y tan hábilmente le pintó las excelencias de la religion cristiana, que al fin el antiguo sectario de Mahoma abjuró mas adelante la fe musulímica, como diremos despues (5). Mohammed el Veterano y los demás capitanes de Baza prefirieron ofrecer sus espadas á los reyes de Castilla á servir al degradado Boabdil (6).

Rendida Baza, apresuráronse los alcaides de las fortalezas vecinas á ofrecer homenaje á los monarcas vencedores. El de Purchena, Ali Aben Fahar, habló á los reyes con el lenguaje vigoroso y franco de un militar valiente y pundonoroso y de un musulman honrado y lleno de fe: «Enviad, muy poderosos reyes, enviad á tomar posesion de mis villas, que el hado y la fortuna hacen vuestras. Pero os ruego que trateis bien á los moros de aquellas comarcas, y que les conserveis sus haciendas y sus leyes.—Y para vos ¿qué quereis? le preguntaron los monarcas.—Yo no he venido, contestó el íntegro musulman, á vender por oro lo que no es mio, sino á entregar lo que el destino ha hecho vuestro. En cuanto á mí, solo os pido salvoconducto para pasar al Africa con mi desgraciada familia y mi escasa fortuna.» Los reyes lo hicieron así, y Aben Fahar se trasladó á llorar en los desiertos africanos la pérdida de su bella patria de Andalucía.

Achacoso y abatido permanecía el Zagal en Guadix y entregado á melancólicos presentimientos, cuando vió entrar en su aposento á su primo Cid Hiaya. Expúsole este la imposibilidad de resistir á los poderosos reyes de Castilla y Aragon, su nobleza y generosidad, la caída inevitable del reino de Granada, su convencimiento de que se cumplieran las fatídicas predicciones de los astrólogos, y la necesidad que veía de someterse á los hados. El Zagal le escuchó atento y silencioso, y al cabo de unos momentos de meditacion lanzó un profundo suspiro, y se arrojó á sus brazos diciendo: «Si es así, cúmplase, primo mio, la voluntad de Allah! Que si Dios Todopoderoso no

(4) Mohammed el Veterano fué el que pasó á Guadix á pedir el beneplácito para la rendicion. El Zagal, enfermo y melancólico, reunió su consejo, la mayoría opinó por la capitulación, y entonces fué cuando el Zagal, lleno de dolor, dió su anuencia. «Decid á mi primo, añadió con triste acento, que haga lo que crea mas conveniente á la salvacion de todos.»

(5) Este casó mas adelante con doña María de Mendoza, dama favorita de Isabel, é hija de su mayordomo. Salazar, *Casa de Granada*, MS. cit. por Lafuente Alcántara, tom. IV, c. 18.

(6) Aun se da el título glorioso de Baza á uno de los cuerpos del ejército español.

## OBJETOS DE LOS REYES CATÓLICOS

### ALTAR DE CAMPAÑA, BANDERAS, ESTANDARTES Y MISAL

Entre los curiosos objetos artísticos é históricos de los Reyes Católicos que se conservan con cuidadoso esmero y hasta con veneracion en la sacristía de la Capilla real de Granada, figuran los representados en la adjunta lámina.

Es uno de ellos el altar que llevaban á campaña los esclarecidos monarcas del cual formaba parte un precioso cuadro pintado sobre una plancha de cobre representando la Adoracion de los Santos Reyes y adornado con un hermoso marco perfectamente ejecutado en filigrana de plata.

Un Misal manuscrito sobre vitela con perfeccion suma por Francisco de Flores, con veinte dibujos primorosamente miniados, y concluido en 1496. Este misal lo usaba la Reina Católica para hacer sus oraciones.

Dos banderas de infantería, con las armas de Castilla y Leon la una, y las de Aragon y Sicilia la otra, y las cuales tremolaron los cristianos en las almenas de la Alhambra cuando el rey Boabdil les entregó la ciudad de Granada.

Dos estandartes de caballería, de seda carmesí, bordados por la Reina, en uno de los cuales campean dos haces de flechas, emblema adoptado por Doña Isabel aludiendo á la inicial F del nombre de Fernando su esposo, y en el otro un yugo, adoptado por el rey en alusion á la inicial Y del nombre de su esposa y ambos símbolo de fortaleza, union y fidelidad conyugal. El segundo estandarte lleva además una orla en la cual están bordadas las palabras *Tanto monta*, esto *Tanto monta* ó tanto importa Isabel como Fernando, empresa de los régios consortes, expresiva de su unidad de miras en la gobernacion de sus pueblos.





M. Pajadas lit.

Montaner y Simon Edit.

E. Gimeno P.<sup>o</sup>

OBJETOS DE LOS REYES CATÓLICOS

Altar de campaña.— Banderas de infantería.— Estandartes de caballería.— Misal.

(Conservados en la sacristía de la Capilla Real de Granada.)



hubiera decretado la caída del reino de Granada, esta mano y este alfanje le hubieran mantenido (1).» Tratóse, pues, la rendición de Almería y Guadix en términos análogos á los de Baza en el plazo de veinte días. Fernando é Isabel prometieron conservar al Zagal el título de rey, cediéndole en señorío perpetuo el valle de Lecrin, la taha de Andarax, con todas sus aldeas y alquerías, dos mil mudejares por vasallos, la cuarta parte de las salinas de la Malaha, y cuatro millones de maravedís al año (2).

Comunicada por Cid Hiaya á los reyes la resolución del Zagal, partieron á tomar posesión de Almería, á cuya ciudad dieron vista el 21 de diciembre despues de una penosísima marcha con recios vendavales y copiosas nieves, por entre desfiladeros y profundos valles, heladas sierras y peligrosos barrancos, en que sufrieron mil trabajos y penalidades. El Zagal, que se hallaba ya en Almería, salió á rendir homenaje á Fernando en compañía del príncipe Hiaya, de Reduan Venegas y de doce gallardos jinetes. Iba vestido de luto y muy modestamente con un sencillo albornoz y un blanquísimo turbante, que hacia resaltar la palidez de su rostro, en el cual sin embargo se notaba cierta expresion de grandeza y dignidad. Fernando reprendió al comendador de Leon y á los demás caballeros por que no habian hecho al moro los debidos honores, diciendo que «era muy grave descortesía rebajar á un rey vencido ante otro rey victorioso.» Y no consintió que el Zagal le besara la mano, ni hiciera acto alguno de humillacion: antes instándole á que volviera á subir al caballo de que se habia apeado, le colocó al lado suyo, y juntos marcharon hasta el pabellon real. Allí habia preparado un espléndido banquete para los dos régios personajes (que la reina Isabel se habia quedado una jornada detrás). Colocados bajo un dosel, teniendo el Zagal á su derecha á Fernando, y permaneciendo en pié los caballeros, el conde de Tendilla y el de Cifuentes servian al rey en platos y copas de oro, don Álvaro de Bazan y Garcilaso de la Vega hacian con el Zagal iguales oficios. Concluido el banquete, despidióse el moro con expresivos saludos de Fernando y de los caballeros de su corte, y regresó á Almería á disponer la entrega de la ciudad. Al día siguiente se abrieron las puertas y se dió entrada al comendador don Gutierrez de Cárdenas, que al frente de un cuerpo de escogidas tropas tomó posesion de aquella rica ciudad mercantil, plantó las sagradas banderas en los baluartes, hizo purificar la gran mezquita, y al otro día 23, entró Fernando con gran pompa, acompañado de los alfaquies y de la principal nobleza de los moros. Aquel mismo día llegó la reina, con la infanta Isabel, el cardenal de España y el confesor Fr. Fernando de Talavera, y entre la reina y el Zagal mediaron los mas finos agasajos y galantes atenciones (3).

Mientras los alcaldes de Almuñecar, Salobreña y otras fortalezas acudian á prestar homenaje á los soberanos de Castilla y de Aragon, y mientras los destacamentos cristianos se apoderaban de los bosques y valles de las Alpujarras, á que los ayudaba el Zagal con órdenes y amonestaciones, Fernando é Isabel con los caballeros y damas de su corte, el Zagal, el príncipe Cid Hiaya, Reduan Venegas, la flor de la caballería árabe y cristiana, seguidos de cuadrillas de gallardos jóvenes de ambos sexos, todos juntos y en amigable union, como si de todo punto olvidaran que acababan de ser enemigos, salian de Almería á solazarse en expediciones campestres y en batidas de caza, en que los unos lucian su destreza en acosar y clavar el venablo á las fieras y alimañas de los montes, los otros en manejar sus soberbios corceles, los otros en servir las viandas y manjares de campo á las hermosas doncellas; grato descanso de las fatigas de tan penosa campaña.

Pasados así algunos dias, y tomadas oportunas providencias para la seguridad y gobierno del país conquistado, los reyes y

(1) Conde, Domin., p. IV, c. 40. En Lafuente Alcántara se equivoca el capítulo.

(2) Pulgar, caps. 124 y 125. Lafuente Alcántara en su Historia de Granada se refiere tambien á documentos sacados del archivo del marqués de Corbera, descendiente de Cid Hiaya.

(3) Palencia, *De bello granat.*, lib. IX.—Bernaldez, cap. 94.—Pulgar, capítulo 124.—Marmol, *Rebel. de los morisc.* l. I, c. 16.—Coleccion de documentos inéditos por Baranda y Salvá, tom. XI.

el ejército partieron en direccion de Guadix, adelantándose el Zagal para hacer entrega de la ciudad en que habia tenido su postrera mansion como rey (30 de diciembre). Sus condiciones fueron las mismas que las de Baza y Almería. La plebe, un tanto alarmada al principio, se aquietó despues al ver la paz y seguridad que los conquistadores le daban. En aquella ciudad el último día del año hicieron los reyes alarde y recuento de toda su gente de guerra, y hallaron que de los ochenta mil hombres que poco mas ó menos habian llegado á reunirse, les quedaban solo sobre sesenta mil habiendo sucumbido una cuarta parte, no tanto al filo de los aceros enemigos como al rigor de la fatiga, de las enfermedades y de la crudeza de los temporales que con heroico valor habian soportado. Á la entrega de Guadix siguió la rendición de las restantes villas y fortalezas de los dominios del Zagal, prévio un bando de los reyes en que concedian á todos los pueblos que se sometiesen en el término de sesenta dias, á contar desde el 22 de diciembre, las mismas ventajas y seguridades que se habian otorgado á los de Baza, Almería y Guadix. Publicáronse las capitulaciones con el Zagal, que aun estaban secretas, y en su virtud el príncipe moro se retiró á su pequeño señorío de Andarax.

Fernando é Isabel, terminada con el año la mas gloriosa y la mas útil campaña que hasta entonces habia hecho el ejército cristiano, se retiraron á Jaen, donde licenciaron sus huestes para que disfrutaran de algun reposo, que harto lo necesitaban ya. Todo fué admirable en esta guerra; la actividad, el valor y la política de Fernando; el esfuerzo y la heroica paciencia de caudillos y soldados para soportar las fatigas, las enfermedades, las contrariedades de las estaciones y de los elementos; la energía, el ánimo varonil, la tierna solicitud de la reina para subvenir á todas las necesidades de su ejército y de su pueblo, y sobre todo, el influjo casi sobrehumano que esta magnánima mujer ejercia sobre sus guerreros, y el aliento que su presencia les infundia cuando estaban á punto de doblarse bajo el peso de los trabajos, y que parecia constituirlos en un sér superior á las criaturas humanas. Hasta la nobleza y galantería de los príncipes moros cooperaron á hacer notable y prodigiosa esta campaña.

## CAPÍTULO VII

### Rendición y entrega de Granada

DE 1490 Á 1492

Intimacion de Fernando á Boabdil para que le entregue la ciudad de Granada.—Respuesta negativa del rey moro.—Invade la frontera cristiana, y ataca y toma algunas fortalezas.—El conde de Tendilla.—El rey Fernando con ejército en la vega de Granada: combate: sorpresas.—Cercos y ataque de Salobreña: hazaña de Hernan Perez del Pulgar.—Otras proezas de Pulgar: id. de Gonzalo de Córdoba: id. del conde de Tendilla.—Campaña de 1491.—Acampa el grande ejército cristiano en la vega de Granada.—Resolucion del rey Chico y de su consejo.—Irrupcion de Fernando en las Alpujarras.—Fíjanse los reales en la Vega.—Pabellon de la reina Isabel.—Desafíos y combates caballerescos.—Se aproxima la reina á examinar los baluartes de Granada.—Batalla de la Zubia favorable á los cristianos.—Vuelven los monarcas á los reales.—Incéndiase el campamento cristiano: alarma general: verdadera causa del incendio.—Fundacion de la ciudad de Santa Fe.—Abatimiento de los moros.—Propuesta de capitulacion por parte de Boabdil.—Conferencias secretas.—Capítulos y bases para la entrega de la ciudad.—Insurreccion en Granada.—Apuros y temores de Boabdil.—Acuérdase anticipar la entrega.—Salida del rey Chico y entrada del cardenal de Mendoza en la Alhambra.—Encuentro de Boabdil y Fernando: entrega el rey moro las llaves de la ciudad.—Saluda á la reina y se despide.—Ondeá la bandera cristiana en la Alhambra: alegría en el campamento.—Entrada solemne de los Reyes Católicos en Granada.—Fin de la guerra.—Acaba la dominacion mahometana en España.

Se aproxima el término de la dominacion de los hijos de Mahoma en España, y el plazo en que va á cumplirse el destino del pueblo musulman en la tierra clásica del cristianismo. No tenemos reparo en anunciar anticipadamente este grande acontecimiento, porque el lector que se haya informado de las campañas que acabamos de narrar, le presente tambien y le ve venir.

Conquistadas Alhama, Loja, Velez, Málaga, Baza, Almería